



La señorita Carmen Franco Polo, acompañada por el poeta Lope Mateo, en los Juegos Florales de que fué Reina, celebrados en Burgos con motivo del Milenario de Castilla.



El ex ministro y escritor, conde de Guadalhorce, mantenedor de los Juegos Florales de Tortosa, pronuncia su discurso, ante el micrófono, en el acto del certamen.

Vida y razón de los Juegos Florales

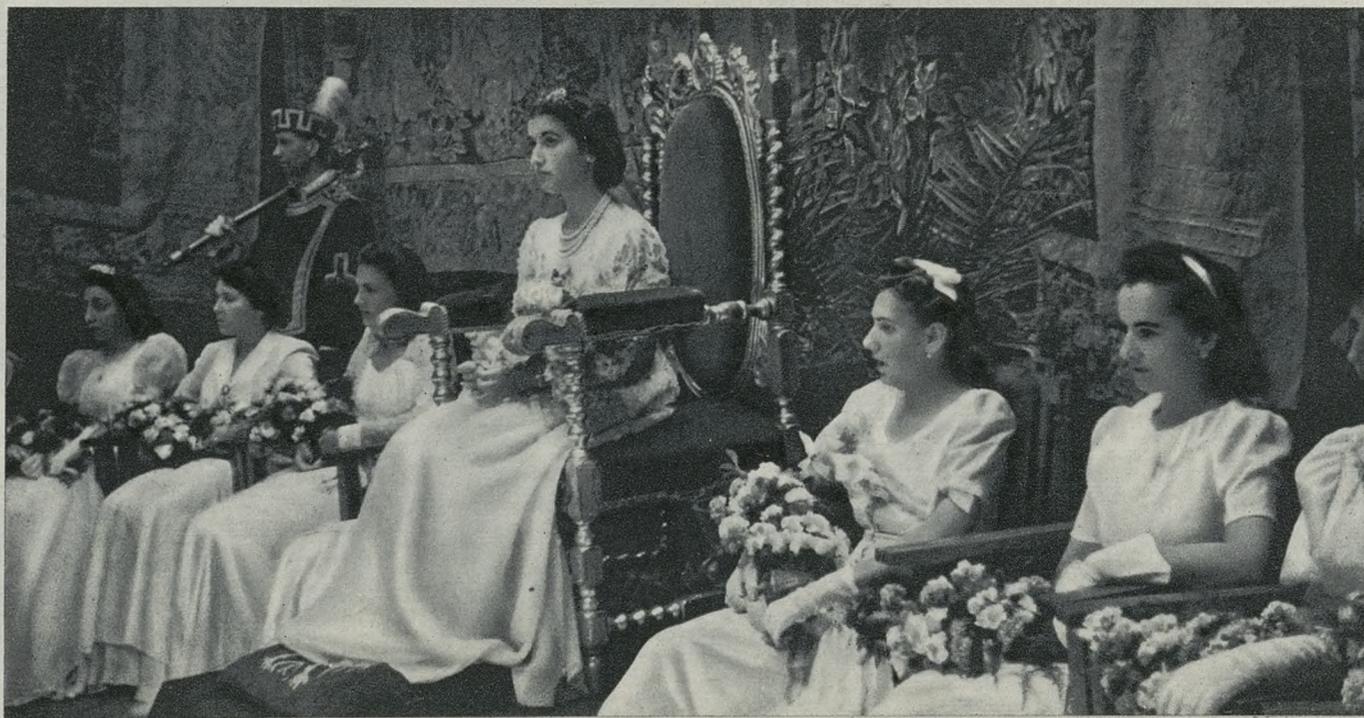
A partir de la Cruzada española de Liberación, el romanticismo ideológico que tuvo en las trincheras las trágicas sonoridades del cañón y de la muerte, sirvió para reavivar la espiritualidad de España. Un movimiento juvenil puso en marcha la canción guerrera y el romance heroico, y la poesía fué, desde entonces, como contrapunto de la grande gesta.

Sonaban los versos, apretados en fresca inspiración, con el brío resuelto de la raza, y las gentes sentían el regusto de los hechos gallardos en la fortuna poética de los romancesadores de aquella hora. Y aunque fué escasa la producción sobre temas guerreros, de ellas nos han quedado muestras muy estimables. Pero no llegó a cuajar el poema definitivo, el que corresponde a la magnitud de la hazaña y al dolor de su aventura.

Mas aquel renacimiento poético se fué trasvasando a esas fiestas de

exquisita selección, en que la belleza femenina toma del brazo a la poesía del trovador improvisado, en el escarceo literario de unos Juegos Florales que vienen a ser como campanada sonora que retiñe en la serenidad de una paz tan dolorosamente conquistada. Las Justas Literarias han hecho ya costumbre en muchas de las ciudades de España y

en sus torneos se abren caminos inesperados a los ingenios desconocidos, consagran su fama los que ya comenzaban a triunfar, y las gentes se habitúan lentamente al deleite de la armonía y de la emoción de los versos bien sentidos y logrados. La sonrisa displicente de muchos, cuando oyen hablar de estas actividades, así como la enemiga declarada de algunos de nuestros valores poéticos, no está siempre justificada. De común, los certámenes poéticos organizados en las capitales españolas son dignos de todo elogio, porque



La señorita Franco Polo, rodeada de su Corte de Honor —damas de diez provincias de Castilla— en el Certamen del Milenario en Burgos.

se sabe esquivar en ellos el peligro de lo amanerado que puede llevar al ridículo cuando se intenta dar en lo sublime. La participación en estos concursos de poetas españoles ya consagrados ha contribuido a dignificar las justas literariamente, a librarlas de una posible cursilería y a estimular a los noveles en su afanosa tarea de hacer buenos versos ante la posibilidad de un generoso galardón y, sobre todo, del justo renombre que el triunfo pueda depararles.

GEOGRAFIA POETICA ESPAÑOLA

Pero en este sarpujido poético español, no todas las provincias han reaccionado igualmente. Hay algunas que parecen dormidas en su indiferencia. Es Levante —cuya tradición en la materia cuenta copiosas manifestaciones en estos certámenes del «gay saber», bajo la influencia de la cultura provenzal— en donde se ha dado, en estos últimos años, una verdadera floración de Juegos Florales.

Desde Cataluña hasta Cádiz, rara es la población de alguna categoría que no haya instituido ya como tradicional la organización de sus justas literarias con ocasión de las fiestas patronales, con motivo de algún especial acontecimiento o cuando cualquiera circunstancia especial lo justifica. Barcelona y Valencia figuran al frente de este intenso movimiento de torneos literarios. Aragón, el Norte, las provincias gallegas y ambas Castillas se han resistido más largamente a dejarse seducir de la marea poética actual, aunque ya se han registrado muy loables solemnidades literarias en algunas provincias de las regiones señaladas.

Siguen Navarra y las Vascongadas, inmunes a la afición, aunque Vitoria, en los días de la guerra, otorgara una flor natural. La Montaña, Asturias, Lugo y La Coruña han comenzado a organizar actos que han revestido indiscutible brillantez y han contado con la aportación de trabajos muy notables de poetas de renombre nacional.

UN PROTOCOLO SIN PROTOCOLO

Dignas de ser estudiadas son las formas de organizar los actos públicos de los Juegos Florales. Pues, mientras en los pueblos levantinos se calcan las ceremonias en el protocolo medieval, en todo aquello que puede ser adaptado a los actuales gustos, en otras provincias se desarrolla la fiesta en arreglo al criterio, más o menos aceptado, de improvisados maestros de ceremonias que «asimilan» lo que han visto, o lo crean según su concepto de la elegancia social o de las modalidades versallescas que encajan en las posibilidades de cada localidad.

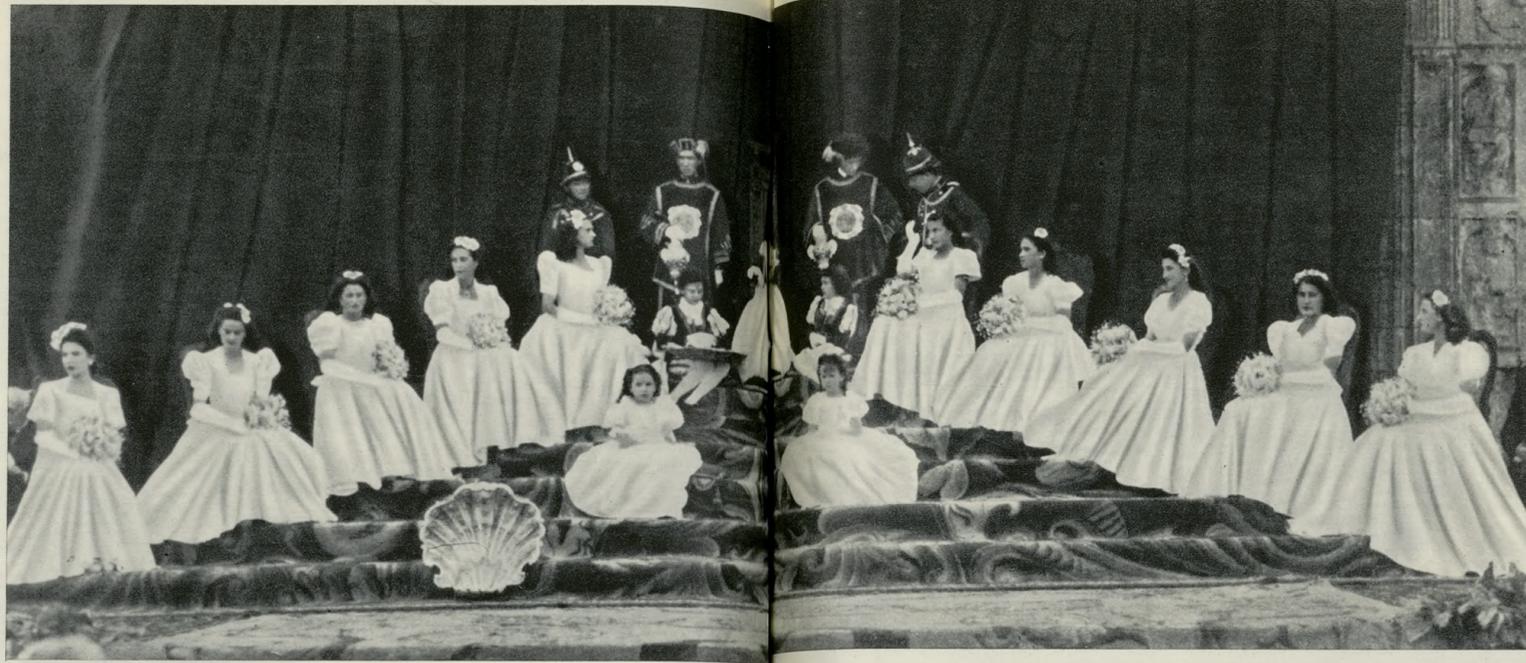
Los Juegos Florales, pues, tienen su protocolo, tanto en la imposición de la famosa trilogía: Fe, Patria y Amor, cuanto en el ritual a que inexorablemente se ha de ajustar la celebración de los actos públicos. Pero el protocolo deja de serlo, casi siempre, para adquirir color, sabor y hasta aventura en lo improvisado y pintoresco, cuando el afán de la innovación pone en marcha los esfuerzos imaginativos de los organizadores.

La primera innovación del viejo ceremonial se da en la elección de la Reina de la fiesta. Ya no es el poeta premiado quien la designa, sino los organizadores del certamen, porque tampoco se conforman nuestros ingenios con el romántico presente de una flor natural recibida de manos de una gentilísima dama, sino que la quieren ver acompañada de un espléndido cheque. Otra novedad de los Juegos Florales es la participación de los prosistas en abundantes temas, también munificamente retribuidos, y en ellos se da participación a escritores de las más distintas aficiones y de la más heterogénea formación.

PREDOMINIO DE LA POESIA

Todo ello no es obstáculo para que la fiesta se mantenga en su original tendencia poética. Porque los trabajos de los prosistas no llegan a conocimiento del público, si no se les airea en las páginas de portfolios o libros en que se recogen los trabajos galardonados en cada certamen. Ante el público solamente se recitan las composiciones poéticas, los finos madrigales, las grandilocuentes exaltaciones patrióticas, las místicas suavidades religiosas... Es decir, la poesía que salta del silencio

Cádiz ofrece en sus Juegos una estampa dieciochesca. La Corte del Certamen de Tortosa, ciudad del Ebro, junto al Lacio mar.



Reina y Corte de Honor en los Juegos Florales de la ciudad del Apóstol de Galicia, donde la concha del peregrino constituye un motivo heráldico.



Aspecto del salón durante el Certamen Poético en los Juegos Florales de justas poéticas en que el ingenio español ha alcanzado fama y renombre.

de una labor de taracea al brillo de la recitación y al aplauso de las multitudes sugestionadas. La esquivo gloria, en fin, que se deja apriar por el relámpago intuitivo de la bella expresión, o por la filigrana certera de una imagen acabada.

Se puede, pues, afirmar que es innegable la influencia que esta clase de actividades literarias ejerce en los públicos hasta ahora apartados o indiferentes a todo lo que no sea prosa corriente y moliente. No existe en España afición poética y es menester que las gentes se vayan aficionando a paladear los buenos versos, sirviéndoselos, como manjar des-acostumbrado para ellos, en la envoltura amable de la magnificencia y del esplendor exteriores de que la fiesta es revestida.

¿Qué es difícil y largo empeño este proceso de educación de los gustos colectivos?... Nadie lo duda. Pero lo difícil de una empresa no justifica el abandono de la misma. Y si es conveniente la depuración del gusto público, hay que conseguirlo por todos los caminos que estén a nuestro alcance, y no es posible negar la eficacia de este ejercicio continuado de las justas poéticas.

LA TECNICA DE LOS JUEGOS FLORALES

Muchas veces se nos ha hecho la misma pregunta: «¿Pero es que existe alguna técnica especial para los Juegos Florales?» Técnica literaria, no. La misma que impone la preceptiva poética, avalada y ennoblecida por el valor de la propia inspiración. Todas las formas poéticas pueden tener, y tienen de hecho, cabida en esta clase de certámenes.

La técnica —si así se la quiere designar— es más bien el acierto psicológico con que el poeta se enfrenta con su tarea, al tener en cuenta las circunstancias de lugar, de jurados, de temas, de fines y de público que han de concurrir en cada caso. En la enseñanza que proporciona el ejercicio, la lección que se toma del ambiente, de conocer los gustos de unos y otros, de calibrar la especial cultura y los gustos de aquellos que han de ser discriminadores de sus trabajos, de lo que espera el público que ha de escuchar los versos, de todos esos imponderables que sólo la perspicacia inteligente de los autores puede descubrir si en ello se empeñan.

La fórmula más hacendera es aquella que se cifra en esta simple expresión: «Los Juegos Florales exigen versos esencialmente teatrales.» Y esto es así porque a la fiesta pública en que aquéllos desembocan concurren gentes de la más diversa formación, de los gustos más dispares y aun de un total desconocimiento de la poesía. Los versos han de ser declamatorios, fáciles de expresión, brillantes de forma, intencionados en su contenido, sonoros y armoniosos, con imágenes lisas inteligibles al correr vertiginoso del lenguaje. Es decir, hay que popularizar el verso para que llegue a todos y todos encuentren en él un mínimo de belleza y de emoción.

Mucho pudiérase decir si se quisiera puntualizar el ceremonial de los Juegos Florales, si se trajese a este reportaje la experiencia personal a lo largo de la mayor parte de las provincias de España, si se evocasen recuerdos sobre anecdóticos, si se puntualizase la picaresca inevitable y se jalonasen con datos históricos estas notas. Pero, la discreción, tiene sus leyes, y la modestia, su imposición, y el espacio de que disponemos no da para más, y aquí quedan estas impresiones nacidas, más al influjo de un personal criterio, que como fruto de un discreto habido entre habituales o esporádicos colaboradores de los Juegos Florales.

Los cuales, a pesar de las diatribas de no pocos y del menosprecio sospechoso de algunos, atraen, cada vez más decisivamente, a cultivadores de la poesía que gozan de justo renombre nacional. Con ellos y por ellos, si no se restablece en su primitiva fisonomía esta fiesta del bello decir, por lo menos puede ser mantenida como un palenque de selección poética, como escuela pública de noveles trovadores y como instrumento de cultura popular. Que cuando el pueblo guste de saborear la poética afortunada, entonces podremos aspirar a sola la flor natural, sin otro galardón. Que ya lo es bastante saber que nuestros versos no han de morir apenas nacidos; sino que, los años idos, andarán de boca en boca, como las rimas de los romanceros...

MANUEL GONZALEZ HOYOS

En Lérida las fiestas tienen aire de juglaría antigua. Eduardo Aunós, político, escritor, músico y poeta, mantiene los Juegos de Lérida.

